

2013

**Revista Electrónica Historias
del Orbis Terrarum**

Edición y Revisión por la Comisión
Editorial de Estudios Medievales

Núm. 11, Santiago

<http://www.orbisterrarum.cl>



Gregorio Magno y el inminente fin. Estudio del contexto como pretexto y proyecto.

*Por Leonardo Carrera Airola**

RESUMEN:

El presente trabajo propone que las calamidades que le tocó afrontar a San Gregorio durante su pontificado (590-604) en el orden de lo natural, lo material y lo socio-cultural, no sólo lo llevaron a sostener la cercanía de un fin inminente, sino que lo impulsaron a efectuar con más ímpetu, y en virtud de ese mismo fin, una proactiva labor pastoral, concentrada en preparar a la mayor cantidad de almas posibles para recibir cristianamente el ocaso de la realidad natural. Es decir, pese a plasmar en sus escritos y sermones un sentido diagnóstico de *su* mundo –la ruina terminal de la *ciudad eterna*– con una proyección *totalizante*, éste no fue sino el impulso, tan necesario, para contribuir a deslindar una nueva realidad, y con una dimensión igualmente global: el occidente medieval.

* Leonardo Carrera Airola es Estudiante de Licenciatura en Historia con Mención en Ciencia Política y Pedagogía en Historia, Geografía y Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Contacto: carrerairola@gmail.com

**GREGORIO MAGNO Y EL INMINENTE FIN. ESTUDIO
DEL CONTEXTO COMO PRETEXTO Y PROYECTO.**

Por Leonardo Carrera Airola

I- A modo de introducción

Gregorio I (c. 540-604), una figura clave de la historia de Occidente –no en vano la posteridad lo recuerda con el epíteto de *Magno* o *Grande*–, le tocó vivir en un tiempo y espacio igualmente claves, marcados por convulsiones, desórdenes y diversas calamidades, tanto naturales como socio-culturales. Todo ello le hizo pensar no solo en la *posibilidad* –esperable, por cierto, para cualquier creyente–, sino en la *proximidad* de un fin inminente, siendo su contexto desolador el encargado de *anunciarlo*.

Su misma consagración pontificia –3 de septiembre de 590– fue precedida por la desgracia y, en parte, fue también consecuencia directa de ésta. Louis Bréhier y René Aigrain ofrecen un ilustrativo panorama de los acontecimientos que se desataron a partir del mes de noviembre de 589:

el Tíber se desbordó,¹ derribando muchos viejos edificios y destruyendo los graneros de la Iglesia, donde se guardaba el trigo para los pobres. Serpientes y otros animales monstruosos, ahogados y abandonados a la orilla, producían miasmas que, en enero del 590, hicieron desatarse una peste

¹ Según el relato de Pablo Diácono, Roma y el Lacio no habrían sido los únicos devastados por las inundaciones, sino además la Liguria y Venecia (*Historia Langobardorum*, III, 23-24).

inguinal; una de las primeras víctimas fue el papa Pelagio II, atacado por la epidemia hacia el 15 de enero; pero no fue él el único; los romanos fueron (...) terriblemente diezmados.²

Como si lo anterior fuera poco, tras la peste se redobló el hambre. Así, en una epístola de septiembre de 590, es decir, apenas subió al trono pontificio, se puede ver al nuevo papa apremiando al pretor de Sicilia, Justino, para que no solo acelerara el envío de trigo, sino también para que lo enviara en mayor cantidad.³ En función de estos antecedentes es posible compartir lo sostenido por Melquiades Andrés, quien no exagera cuando señala que San Gregorio “subió al pontificado en una ciudad sembrada de apestados, de cadáveres y de ruinas. Para colmo, lombardos y bizantinos se encontraban en abierta guerra,⁴ y Roma se hallaba prácticamente a merced de los bárbaros”.⁵

En función de estas premisas –con excepción del conflicto entre bizantinos y lombardos–, lo que ahora proponemos es tratar de captar el *alma* de Gregorio, es decir, cuál era su estado espiritual, sus deseos, sentimientos y las ideas que sostuvo por entonces.

Creemos que procediendo así se posibilitará develar mejor el tono de un ambiente, por cuanto no deja de ser sugerente pensar que, sin negar su particularidad, el medio socio-cultural influye sobre la conciencia individual, pero también las ideas creadoras del sujeto se plasman en el contexto que lo rodea, provocando de tal modo una interacción entre individuo y sociedad.⁶

Tomando en cuenta todo lo enunciado, lo que hemos hecho a continuación es reunir las principales impresiones que nuestro santo se formó respecto a las tribulaciones de su tiempo, particularmente en virtud de los desastres naturales y humanos –la ruina material de Roma junto con las epidemias de peste–, y el constante peligro y amenaza que presentaron

² Bréhier, Louis y Aigrain, René, *Historia de la Iglesia. De los orígenes a nuestros días. Tomo V. El nacimiento de Europa*, EDICEP, Valencia, 1978, p. 13.

³ *Registro Epistolarium* I, 2, según la edición abreviada de Jaffé, Philippus y Wattenbach, Wilhelm: “Iustinum, praetorem Siciliae, qui “simulationem cum ecclesiasticis” gerit, ad concordiam, iustitiam, honestatem adhortatur. De frumentis non copia sufficienti transmissis, et de novo rectore Siciliae patrimonii (Petro subdiacono) addit” (*Regesta Pontificum Romanorum*, Tomo I, Leipzig, 1885, p. 143 [1068]).

⁴ Este aspecto no se aborda en el artículo, pues, dada su complejidad, se desviaría el foco de esta investigación, además de tratarse de una problemática que merece un estudio más prolijo de manera particular.

⁵ Andrés Martín, Melquiades, Introducción General a las *Obras de San Gregorio Magno*, B.A.C., Madrid, 2009 [1958], p. 15.

⁶ La base de lo que sostenemos se halla en la ponencia de Benaglio de Jerez, Nilda, “El monje del Occidente Medieval”, presentada en las *VII Jornadas de historia de Europa*, A. P. V. H. E., Mendoza, 21 de septiembre de 1995.

para la Italia de la sexta centuria los lombardos antes y durante su pontificado. De la suma de estos antecedentes o *pretextos*, es que se desprende en él la preocupación constante por la cercanía del fin, ¿pero de qué clase o tipo de fin estamos hablando? ¿Cuál habría sido su sentido y sus alcances? Esto es lo que, en definitiva, trataremos de revelar al final de este trabajo, esbozando algunas propuestas explicativas, particularmente la construcción, de parte de Gregorio, de un proyecto que habría contribuido decididamente a darle forma a la naciente civilización del Occidente medieval.

Ahora bien, en primer lugar corresponde hacer una advertencia, y es que uno de los escritos de los cuales nos vamos a servir para conocer las inquietudes y sentimientos del “Siervo de los siervos de Dios” son sus *Diálogos*,⁷ obra fundamentalmente hagiográfica, y que está repleta de relatos maravillosos y sobrenaturales que, desde la óptica de hoy, podrían ser vistos casi como meramente fantasiosos. Quizás sí es un escrito que hace más un abuso que un uso de la hipérbole y que, por lo mismo, se le podría criticar que carece del sentido de las proporciones, pero debemos entender que aquello puede que responda a uno de los fines que acompañó su redacción, y es que era ser una obra educativa, didáctico-moralizante. Además, no es menor destacar que Gregorio, a lo largo los cuatro libros que componen los *Diálogos*, se preocupa por señalar cuáles han sido sus fuentes de información, lo que demuestra su interés por constatar la veracidad de los hechos que narra.

Por otro lado, se debe dejar de lado la noción de que la inclusión de fenómenos inexplicables racional y científicamente le hace perder credibilidad a la realidad descrita, llegando incluso a deformarla, pues se trataba de una sociedad que, al menos a nivel de lo imaginario, que es lo que aquí nos interesa, no estaba reñida con lo maravilloso, habiendo más bien un límite poco claro entre lo natural y lo sobrenatural, lo terrestre y lo celeste, llegando en ocasiones a superponerse este último,⁸ pues aquella era una sociedad articulada, y con especial decisión, por algo que posibilitaba este orden de cosas: la fe; ella hacía viable que la existencia humana discurriera no tanto en la obsesión de conocer, sino más bien de creer.

⁷ Hemos utilizado la siguiente edición: Gregorio Magno, *Vida de San Benito y otras historias de santos y demonios. Diálogos*. Introducción, traducción y Notas de Juan Galán, Pedro, Ed. Trotta, Madrid, 2010.

⁸ Esta situación se proyectará en los siglos siguientes de la Europa medieval, como queda manifestado en las siguientes palabras de Georges Duby: “En el Año Mil lo cotidiano no interesa en absoluto a los historiadores ni a los cronistas y menos aun a los analistas. Por el contrario, lo único que les merece alguna atención es lo excepcional, lo insólito, lo que rompe el orden regular de las cosas” (*El Año Mil. Una interpretación diferente del milenarismo*, Ed. Gedisa, Barcelona, 2000 [1967], p. 21).

De todos modos, para efectos de este escrito centraremos nuestra atención especialmente en los datos concretos que nos ofrece Gregorio, es decir, en su contenido histórico, conscientes que el fondo prodigioso que acompaña el relato de los milagros aquí descritos merecería ser analizado de manera más profunda en otro estudio.

Hechas estas aclaraciones, dejemos ahora, preferentemente, hablar a la fuente, para que se nos haga más fácil así, en la medida de nuestra capacidad tanto crítica como imaginativa, poder recrear y evocar con mayor precisión los sucesos aquí estipulados.

II- La realidad contextual del pontificado de San Gregorio Magno: un panorama desolador

2.1- El embate natural y las epidemias de peste

Gregorio Magno recuerda en sus “Diálogos” sobre algo a lo que ya hacíamos mención al comienzo de este artículo: el desbordamiento del Tíber en 589,⁹ dándonos una imagen de cómo afectó a la *ciudad eterna*, además de aclarar que éste no fue el único río que experimentó una crecida desmedida de su torrente:

(...) hace unos cinco años, cuando el Tíber se salió de su cauce en esta ciudad de Roma, habiendo crecido tanto que sus aguas fluían por encima de las murallas de la ciudad y ocupaban en ella extensísimas zonas, se desbordó también el río Adigio en la ciudad de Verona.¹⁰

El resultado de esto fue que una de las primeras medidas que asumiera Gregorio como pontífice haya sido asegurar el avituallamiento de Roma, para lo cual le escribió al pretor de Sicilia que no disminuyeran las expediciones de trigo,¹¹ como ya se señaló. Pero esta no era la única preocupación que debía atender Gregorio producto de la adversidad de la naturaleza: los temporales también contribuían con su cuota de dramatismo, no solo arrancando árboles y echando por tierra casas e iglesias, sino incluso cobrando vidas

⁹ Gregorio de Tours nos indica que el desbordamiento del Tíber se produjo en el año 589 (*Historia Francorum*, X, 1), coincidiendo con el mismo año que estipula Paulo Diácono respecto al desbordamiento del Adigio (*Historia Langobardorum*, III, 23). Además, el año 589 calza con la referencia temporal que nos da Gregorio (“hace unos cinco años”), pues sus *Diálogos* fueron redactados entre 593-594.

¹⁰ *Diálogos*, III, 19, 2, p. 171

¹¹ Bréhier, Louis y Aigrain, René, *op. cit.*, p. 21

humanas de manera inesperada, tal y como lo menciona Gregorio en la primera de sus *Cuarenta homilías sobre los Evangelios*:

(...) el mundo se ve acosado cada día de nuevos y redoblados males. Ya veis cuántos habéis quedado de aquella multitud innumerable, y, con todo, aun insisten a diario los flagelos; nos vemos envueltos en desgracias repentinas; nuevas e imprevistas calamidades nos afligen; (...) así el mundo: en sus primeros años tuvo como el vigor de la juventud, fue robusto para propagar la prole del género humano, recio en la salud del cuerpo y pingüe en abundancia de cosas; mas ahora se ve oprimido por su misma senectud y con mayor frecuencia se ve como empujado a una muerte próxima por las crecientes molestias.

(...) Hace tres días habéis visto, hermanos, cómo, por una repentina tempestad, añosas alamedas han sido arrancadas de cuajo, casas destruidas e iglesias demolidas hasta sus cimientos. ¡Cuántos sanos e incólumes por la tarde pensaban que a la mañana podrían hacer algo! Y, sin embargo, en esa misma noche fenecieron de muerte repentina, sorprendidos en el lazo de la destrucción.¹²

Resulta inquietantemente sobrecogedor el texto anterior, pues de los sucesos que describe, el mismo Gregorio ya nos trasluce su noción de que el mundo y la cultura en él construida, como si se tratase de un ser biológico, se encontraría en un avanzado estado de vejez, en camino a una muerte prácticamente segura. Incluso, en un pasaje de sus *Diálogos* Gregorio manifiesta, en función de una profecía de San Benito (480-547), que la ciudad de Roma no sería arruinada por los ostrogodos –pueblo germánico que en época de Benito invadió la península itálica, saqueando la Ciudad Eterna, bajo el reinado de Totila (542-552), en dos ocasiones, 546 y 550–,¹³ sino que su colapso respondería a fenómenos naturales –atmosféricos y telúricos, además del igualmente nocivo paso del tiempo–.

Roma no será aniquilada por los bárbaros, sino que languidecerá ella misma acuciada por los temporales, los rayos, los huracanes y los terremotos. El misterio de esta profecía –afirma Gregorio– se nos ha hecho ahora a nosotros más claro que la luz del sol, a nosotros que vemos en esta ciudad las murallas destrozadas, las casas derruidas, las iglesias destruidas por la fuerza de los vientos, a nosotros que vemos cómo los edificios, agotados por una larga decrepitud, se desmoronan abatidos por derrumbes cada día más frecuentes.¹⁴

¹² *Cuarenta homilías sobre los Evangelios*, I, 1, 5, en *Obras de San Gregorio... op. cit.*, p. 540

¹³ Cf. la n. 79 al Libro II de los *Diálogos*, p. 137

¹⁴ *Diálogos*, II, 15, 3, pp. 112-113

Tal aprensión y apreciación se comprende mejor si le sumamos otra situación que resultó ser igualmente mortal: la epidemia de peste que se produjo en Roma por los años 590-591, tribulación de la cual también nos ha dejado un testimonio Gregorio de Tours.¹⁵ De este modo, en el capítulo 19 de su Libro IV de los *Diálogos* es la primera ocasión que hace referencia a esta peste en función del caso concreto de un niño que fue una de sus víctimas, señalando que “habiendo caído enfermo a causa de la epidemia que tuvo lugar hace tres años, el muchacho llegó a las puertas de la muerte”.¹⁶

Si bien en esta cita no se refiere a la epidemia sino para describir el fallecimiento de un sujeto en específico, éste sería uno de tanta otra gente, como sí lo precisa en otras partes de su obra, aunque se siga concentrando en casos particulares:

Durante esa epidemia también que hace tres años asoló esta ciudad de Roma con una grandísima mortandad, en el monasterio de la ciudad de Porto había un monje llamado Melito, un varón aún en plena juventud, (...) el cual, aproximándose el día de su llamada, abatido por la citada mortandad, llegó a sus últimos momentos.¹⁷

Algo muy similar describe Gregorio en otro pasaje del Libro IV, aunque aquí, en función del caso que relata, nos precisa el efecto físico que produjo en esa persona la peste:

Durante esa peste que no hace mucho acabó con gran parte de la población de esta ciudad de Roma, el muchacho –un tal Teodoreto, quien había entrado al monasterio de San Andrés fundado por Gregorio en monte Celio–, víctima de un tumor inguinal, llegó a las puertas de la muerte.¹⁸

En otro capítulo del Libro IV también vuelve a repetir que esta peste vino acompañada de un gran número de defunciones, y a pesar que nunca llega a precisar esto con cifras, el tono que asume aquí la descripción de tal suceso nos hace pensar que las víctimas cobradas por la peste fueron, efectivamente, demasiadas: “Hace tres años también,

¹⁵ *Historia Francorum*, X, 1

¹⁶ *Diálogos*, IV, 19, 2, p. 231

¹⁷ *Diálogos*, IV, 27, 6, p. 237

¹⁸ *Diálogos*, IV, 40, 3, p. 254. Este suceso es referido por Gregorio en otra de sus obras –*Cuarenta homilías sobre los Evangelios*–, de lo cual da cuenta en este mismo capítulo, pero en su párrafo 1. Así, en su homilía 38 dice prácticamente lo mismo que comenta en sus *Diálogos*: “(...) en esta peste que hace poco arrebató a gran parte de la población de esta ciudad –Roma–, fue atacado –Teodoreto– de un tumor en la ingle y puesto en trance de muerte” (*Cuarenta homilías sobre los Evangelios*, II, 38, 16, en *Obras de... op. cit.*, p. 759).

durante esa peste que asoló a esta ciudad de Roma con una grandísima mortandad, en la que con los propios ojos humanos se veían venir las flechas desde el cielo y herir a todos y cada uno”.¹⁹

Finalmente, cabe anotar que Gregorio no solo estuvo consciente que durante su pontificado la ciudad de Roma se vio sacudida por una peste. Veinte años antes aproximadamente, también se vio embestida por otra epidemia,²⁰ lo que, visto en perspectiva, intensificaría así el dramatismo de los hechos, dado el carácter constante de estos males:

(...) en la epidemia que afligió duramente a esta ciudad en tiempos del Patricio Narsés,²¹ en casa del citado Valeriano²² había un criado, Armentario (...). Pues bien, habiendo sido asolada la casa del abogado por la mencionada mortandad, el criado fue abatido por ella y llegó a sus últimos momentos.²³

2.2- La depredación lombarda

Las calamidades hasta aquí esbozadas son el prolegómeno de la idea del fin en Gregorio Magno; más determinante que eso habría sido el peligro cotidiano que los ataques y asaltos de los lombardos significaron para la población nativa de la península itálica, dada su fiereza y crueldad, su confesión arriana y la mantención de tradiciones todavía estrictamente paganas. Su presencia y los equivalentes efectos adversos que ella implicaba no podían ser sino la anunciación, quizás, más directa, del inminente fin. Veamos el imaginario que Gregorio se formó de este pueblo germánico que reinó en Italia desde su invasión (568), bajo el reinado de Alboíno, hasta su último rey, Desiderio, destronado por Carlomagno el año 774.

En primer lugar, debemos mencionar que las incursiones lombardas, además de su peligro intrínseco, se vienen a sumar al difícil contexto por el cual estaba pasando Italia por entonces –tratado con mayor detalle más arriba–, por lo que cabe suponer el caos, la

¹⁹ *Diálogos*, IV, 37, 7, p. 250

²⁰ Según Pablo Diácono, esta peste tuvo lugar hacia el año 571 (*Historia Langobardorum*, II, 4 y 26).

²¹ Narsés (478-573) fue, junto con Belisario (505-565), el general más importante del emperador Justiniano I (483-565).

²² Se trataría, según la información suministrada por Gregorio, de un abogado romano.

²³ *Diálogos*, IV, 27, 10, p. 238

confusión y, especialmente, la desesperanza que habría provocado esta invasión. De este modo, hay un pasaje de los *Diálogos* en que Gregorio manifiesta una pesadumbre de carácter doble, pues en ocasiones el accionar despiadado de los lombardos ocurrió al mismo tiempo que la población italiana estaba siendo diezmada por la peste, contribuyendo su presencia solo a acelerar la tasa de mortandad. Las iglesias de Italia, de hecho, estaban tan devastadas que algunas ya no tenían ni pastor ni rebaño, como se puede leer en este pasaje de Gregorio:

(...) todos los habitantes de la ciudad –de Aquino– se vieron de tal manera esquilados por las espadas de los bárbaros y por el azote de la peste, que tras la muerte de aquél –Jovino, obispo de la citada ciudad– no pudo encontrarse nadie a quien nombrar obispo ni nadie para quienes poder nombrar un obispo.²⁴

En otra parte de su obra se lee cómo los lombardos llevaban adelante sus agresiones en medio de otros problemas que afectaban a la población nativa, como por ejemplo, la hambruna: “una severa hambruna se había extendido por todas partes, y la iglesia de San Lorenzo Mártir –en Nursia– había sido incendiada por los lombardos”.²⁵

Ahora bien, precisemos cómo se llevaban a cabo las correrías lombardas para así comprender mejor porqué se trataba de una de las preocupaciones más graves que aquejaba al papa en cuanto al gobierno de la Iglesia en Italia:

Al entrar los lombardos en la provincia de Valeria –dice San Gregorio–, los monjes huyeron desde el monasterio del reverendísimo varón Equicio hasta el sepulcro de éste, ubicado en la citada ermita –del santo mártir Lorenzo–. Y tras entrar los feroces lombardos en la ermita, comenzaron a arrastrar fuera a los monjes, para despedazarlos mediante tormentos o matarlos con la espada.²⁶

Valencio, de vida venerable, que fue posteriormente (...) como sabes mi abad y el de mi monasterio en esta ciudad de Roma, primero gobernó su propio monasterio en la provincia de Valeria. En dicho monasterio (según supe por la narración del propio Valencio), cuando llegaron a él los crueles

²⁴ *Diálogos*, III, 8, 2, p. 152

²⁵ *Diálogos*, III, 37, 4, p. 192

²⁶ *Diálogos*, I, 4, 21, p. 65. El suceso que aquí se narra se sitúa en el inicio de la invasión (568-572), cuando los lombardos devastaron el norte y centro de Italia, persiguiendo ferozmente a la población católica. Cf. n. 78 del Libro I, p. 90

lombardos, colgaron en las ramas de un mismo árbol a dos monjes suyos. Y los ahorcados murieron ese mismo día.²⁷

Por el testimonio también de unos piadosos varones tuve conocimiento, cuando aún vivía yo en el monasterio, de que en tiempos de los lombardos cerca de la provincia llamada Sora había un abad de un monasterio, de vida venerable, llamado Surano, el cual, habiendo acudido a él unos cautivos que venían huyendo del pillaje de los lombardos, les dio generosamente todo lo que había en el monasterio. (...)

Y cuando ya les había dado todo lo que tenía, de repente vinieron a él los lombardos, lo apresaron y empezaron a pedirle oro. Y al decirles él que no tenía nada de nada, lo condujeron a un monte vecino en el que se levantaba un bosque de una enorme extensión. Un cautivo se hallaba escondido en un árbol hueco, en el paraje donde uno de los lombardos, sacando su espada, mató al mencionado venerable varón.²⁸

En la región de los marsos hubo también otro diácono de vida muy venerable, que, tras ser descubierto, fue apresado por los lombardos. Uno de ellos, sacando la espada, le cortó la cabeza.²⁹

En estos testimonios se destaca el carácter salvaje de los lombardos en virtud de su *modus operandi* para con los cristianos perseguidos, además del equivalente terror que despertaban sus asaltos, los cuales no sólo traían la tortura y la muerte, sino también la ruina material de los espacios afectados, como se aprecia en la destrucción del monasterio fundado por san Benito en Montecassino, de acuerdo a una profecía que él mismo advirtió, y que nos la ha transmitido Gregorio:

Todo este monasterio que he construido y todo lo que he preparado para los hermanos ha sido entregado a los bárbaros por decisión de Dios todopoderoso. Tan sólo he podido conseguir, a duras penas, que se me concedan las vidas de los que aquí viven.

Teoprobo oyó su profecía entonces, pero nosotros la vemos cumplida ahora, pues sabemos que su monasterio fue destruido recientemente por la nación de los lombardos. En efecto, no hace muchos años,³⁰ en plena noche y mientras los hermanos descansaban, entraron allí los lombardos,³¹ quienes

²⁷ *Diálogos*, IV, 22, 1, p. 233

²⁸ *Diálogos*, IV, 23, 1-2, pp. 233-234

²⁹ *Diálogos*, IV, 24, 1, p. 234

³⁰ Según Pedro Juan Galán, traductor de los *Diálogos*, esto habría ocurrido entre 577-589. Véase n. 89 del Libro II, p. 138

³¹ Este saqueo se atribuye a Zoto o Zotone, duque lombardo de Benevento. Véase Bréhier, Louis y Aigrain, René, *op. cit.*, p. 29

tras saquearlo todo no pudieron, sin embargo, apresar allí a un solo hombre siquiera, sino que Dios todopoderoso cumplió lo que le había prometido a su fiel siervo Benito: que, si entregaba a los bárbaros las cosas materiales, conservaría las vidas de los monjes.³²

Hay otros pasajes en los cuales se advierte cómo la presencia de estos bárbaros en determinados lugares significaba todo un problema a nivel de vida cotidiana, y particularmente de ciertas situaciones que no suelen ser las más deseadas por las personas, sino que, por el contrario, de por sí ya son dolorosas, como ocurre con la necesidad de dar sepultura a los difuntos. Por tanto, piénsese en el inmenso pesar y las complicaciones extras que tanta gente padecía diariamente producto de la invasión lombarda. Al respecto, Gregorio nos ofrece un relato conmovedor:

(...) había preparado Carbonio su sepultura en la iglesia de Populonia,³³ de la que era obispo. Pero, como el pueblo de los lombardos, al llegar a Italia, lo hubiera asolado todo, se retiró a la isla de Elba. Y llegando ya a las puertas de la muerte tras haber caído sobre él una enfermedad, les ordenó a sus clérigos y a los que estaban bajo él lo siguiente: *‘Enterradme en mi sepultura, la que he preparado para mí en Populonia’*. Y al decirle ellos: *‘¿Cómo podemos volver a llevar tu cuerpo hasta allí, sabiendo como sabemos que aquellos lugares están en manos de los lombardos y que ellos hacen allí correrías por todas partes?’*, él les respondió: *‘Llevadme allí con toda tranquilidad. No tengáis miedo, únicamente tened cuidado de enterrarme rápidamente. Tan pronto como hayáis enterrado mi cuerpo, marchaos de aquel lugar a toda prisa’*.

(...) Llegaron, pues, los clérigos al lugar y dieron sepultura al cuerpo de su ministro. Y luego, siguiendo sus órdenes, regresaron a la nave a toda prisa. Tan pronto como embarcaron en ella, en el lugar mismo en el que habían enterrado al hombre del Señor se presentó el ferocísimo Gumaris, jefe de los lombardos. Y con su llegada se puso claramente de manifiesto que el hombre de Dios había tenido espíritu profético, por haber ordenado a sus sacerdotes alejarse a toda prisa del lugar de su sepultura.³⁴

Los lombardos, entonces, no sólo representaban una amenaza en virtud de asaltos y saqueos más o menos esporádicos –aunque éstos se podían traducir en la toma de determinados lugares, como la cita anterior lo deja entrever–, sino también a nivel de lo

³² *Diálogos*, II, 17, 1-2, p. 115

³³ Los lombardos invadieron la Toscana, donde se encontraba la ciudad de Populonia, entre 571-574. Véase n. 57 del Libro III, p. 201

³⁴ *Diálogos*, III, 11, 4,6, p. 155

cotidiano. Gregorio nos da mayor luz al referirse a un lombardo que pretendía robar las colmenas de abejas de Menas, un eremita de la provincia de Samnio:

Para atender sus necesidades no poseía él nada más que unas cuantas colmenas de abejas. Pues bien, habiendo pretendido un lombardo perpetrar un robo en relación con dichas abejas, primeramente fue reprendido de palabra por el citado varón y luego fue atormentado a sus pies por medio del Espíritu maligno.³⁵

De todos modos, sucesos como el anterior, si bien ilustran la molestia y preocupación diaria que generaban los lombardos entre los itálicos, tales hechos cabrían dentro de los conflictos que se suelen producir al interior de un barrio o una ciudad. Por tanto, adecuado resulta que volvamos nuestra atención sobre la fiereza y la desatada crueldad de aquel pueblo germánico. Hay dos capítulos de los *Diálogos* que son muy ilustrativos al respecto, los cuales resultan además muy sugerentes porque nos demuestran que este grupo humano, si bien profesaba el cristianismo en su confesión arriana, aún conservaba antiguas tradiciones paganas, triple motivo entonces –ferocidad, arrianismo y paganismo– para que Gregorio estuviera más que angustiado por su presencia y, en consecuencia, advirtiese en ellos los signos anunciadores del fin de los tiempos.

Así –nos comenta nuestro santo–, hace aproximadamente quince años³⁶ (según atestiguan quienes pudieron presenciar el hecho), cuarenta campesinos apresados por los lombardos fueron obligados a comer carne inmolada. Y como ellos se opusieran con todas sus fuerzas y se negaran a tocar aquella comida sacrílega, los lombardos que los habían detenido empezaron a amenazarles con la muerte si no comían la carne inmolada. Pero ellos, prefiriendo la vida eterna antes que esta presente y transitoria, persistieron fielmente en su actitud y perecieron todos juntos manteniéndose en su firmeza.³⁷

Una situación muy parecida se describe en el capítulo siguiente de su tercer libro de los *Diálogos*, aunque en esta ocasión el número de víctimas, en relación al caso anterior, se multiplica por diez:

³⁵ *Diálogos*, III, 26, 2, p. 178

³⁶ Si Gregorio escribió sus *Diálogos* entre 593-594, los hechos aquí narrados se sitúan entonces hacia el año 578-579

³⁷ *Diálogos*, III, 27, pp. 179-180

Por esa misma época también, habiendo apresado los lombardos a aproximadamente otros cuatrocientos prisioneros, inmolaron al Diablo (según su costumbre) la cabeza de una cabra, corriendo en círculo alrededor de ella y consagrándosela mediante cánticos impíos. Y tras adorarla primeramente ellos humillando la cerviz, obligaban a adorarla igualmente también a aquellos a quienes habían capturado. Pero la mayor parte de aquella muchedumbre de prisioneros, dado que prefería marchar hacia la vida inmortal muriendo, antes que conservar la vida mortal adorando la cabeza, no quiso obedecer las órdenes sacrílegas y rehusó doblar ante aquella criatura la cerviz que siempre había inclinado ante su Creador. Y como consecuencia de ello sucedió que los enemigos que los habían capturado, inflamados de una violenta cólera, mataron con sus espadas a todos aquellos que no consintieron en ser partícipes de su error.³⁸

Estos dos pasajes que hemos citado poseen un significado especial, pues nos develan que, a pesar que el catolicismo había sido proclamado como el culto oficial del Imperio Romano bajo el emperador Teodosio I por medio del Edicto de Tesalónica (380), la paz de la Iglesia no era, en absoluto, un hecho seguro, y ciertas situaciones, como el fenómeno del martirio y las persecuciones, no acabaron con la promulgación del Edicto de Milán por Constantino y Licino (313).

Por tanto, el nefasto contexto italiano de la sexta centuria adquiere un carácter aún más sombrío si tomamos en consideración que significó el amargo florecimiento o “resurrección” de ciertas situaciones que aquejaron alguna vez a la Iglesia, pero que todavía ejercían una nociva presencia, aunque fuese puntualmente, de manera extemporánea. El mismo Gregorio se da cuenta de esto, afirmando que “(...) actualmente, en nuestra propia época, incluso a personas de vida corriente y seglar, de quienes no parecía que pudiera presumirse ningún tipo de gloria celestial, les tocó en suerte, llegada la ocasión, alcanzar la corona del martirio”.³⁹

Como si lo anterior fuera poco, esta clase de males generaba otro efecto negativo entre los cristianos católicos, y, de hecho, mucho más nocivo, por cuanto el martirio se trata de un sufrimiento que no es sino la antesala directa de la Jerusalén Celeste; tal efecto es el fenómeno de los *lapsi*, una apostasía que se acostumbra a relacionar con el período de las persecuciones (del siglo I a inicios del IV), pero que igualmente resurge aquí, en pleno siglo VI.

³⁸ *Diálogos*, III, 28, 1, p. 180

³⁹ *Diálogos*, III, 26, 9, p. 179

En efecto, cuando sobreviene el tiempo de una abierta persecución –sostiene Gregorio–, de la misma manera que pueden sufrir el martirio muchos que en los tiempos de la paz de la Iglesia parece que son despreciables, así también en ocasiones se derrumban víctimas del miedo de su flaqueza aquellos que pensábamos que antes, en los tiempos de la paz de la Iglesia, se mantenían vigorosamente en pie.⁴⁰

Estos acontecimientos fuera de su tiempo, que no hacen sino desordenar el curso del devenir, transfiguran la temporalidad en una realidad caótica, confusión que también se podría presentar como otro elemento determinante para que Gregorio llegara a la convicción que el fin más temprano que tarde habría de venir.

Contamos además con otro pasaje que, si bien no se trata de martirio en estricto rigor, pues no se pone en peligro la vida en función de dar testimonio por la fe profesada, sí evidencia el amor más grande que puede manifestar un cristiano o cualquier persona que aspire a una moral de máximos, como lo es dar la vida por el prójimo, acto de extrema generosidad –y que, de paso, demuestra una fe admirable–; todo esto a propósito del peligro lombardo:

Un día, habiendo apresado los lombardos a un diácono, lo retenían atado, y los mismos que lo habían capturado pensaban matarlo. Al atardecer, el hombre de Dios Sántulo les pidió a los lombardos que lo soltaran y le perdonaran la vida. Le dijeron que de ningún modo podían ellos hacer tal cosa. Viendo, pues, que habían decidido ya la muerte de aquél, les pidió que se lo entregaran a él para su custodia. Inmediatamente le respondieron: *‘Sí, te lo confiamos para su custodia, pero con esta condición, que si él huye, tú morirás por él’*. El hombre del Señor, aceptando de buen grado aquella condición, acogió bajo su protección al mencionado diácono.

A media noche, viendo que todos los lombardos habían caído en un profundo sueño, lo despertó y le dijo: *‘Levántate y huye rápidamente. Que Dios todopoderoso te libere’*. (...) Huyó, pues, el diácono, y su fiador se quedó allí en medio, como si hubiera sido engañado por él.

Al llegar la mañana, los lombardos que le habían confiado al diácono para su custodia, vinieron y le reclamaron el hombre que le habían confiado. Pero el venerable presbítero respondió que había huido. Entonces ellos le dicen: *‘Tú sabes muy bien lo que convenimos’*. El siervo del señor les dijo serenamente: *‘Lo sé’*. Y ellos le dijeron: *‘Eres un buen hombre. No queremos que mueras en medio de variados tormentos. Elige la muerte que quieres para ti’*. El hombre del Señor les respondió diciendo: *‘Estoy en las manos de Dios. Matadme con la muerte con la que Él consienta que yo muera’*.

⁴⁰ *Diálogos*, III, 28, 3, p. 180

Entonces todos los lombardos que allí se encontraban opinaron que debían decapitarlo, a fin de poner fin a su vida sin crueles tormentos y con una muerte rápida.

Así pues, al saberse que iban a matar a Sántulo (el cual gozaba entre ellos de una gran consideración en atención a su santidad), todos los lombardos que se encontraban en aquel lugar, como son de extremada crueldad, acudieron alegres al espectáculo de su muerte. Lo rodearon, pues, formando filas. Hicieron comparecer públicamente al hombre del Señor y de entre todos los hombres robustos allí presentes se eligió a uno de quien no había duda de que habría de cortarle la cabeza de un solo golpe.

El venerable varón, conducido entre aquellos hombres armados, corrió también él inmediatamente a sus armas: pidió, en efecto, que se le permitiera rezar un poco. Tras dársele permiso, se postró en tierra y rezó. Mas, como ya llevara bastante tiempo rezando, el verdugo elegido le golpeó con el pie para que se levantara, diciendo: *'Levántate, arrodíllate y tiende el cuello'*. El hombre del Señor se levantó, se arrodilló y tendió el cuello. Y, una vez tendido el cuello, viendo que la espada se levantaba ya contra él, se cuenta que dijo en voz alta únicamente esto: *'San Juan, detenla'*.

Entonces, el sayón elegido, teniendo ya la espada desenvainada, levantó el brazo en alto con mucha fuerza para dar el golpe, pero no pudo en modo alguno bajarlo. En efecto, de repente se quedó paralizado, y su brazo se mantuvo rígido con la espada levantada en el cielo. Entonces toda la muchedumbre de los lombardos que asistía al espectáculo de su muerte, vertiéndose en aclamaciones de alabanza, empezó a admirarse y a venerar con temor al hombre de Dios (...).

Así pues, al pedirle que se levantara, se levantó; mas al pedirle que sanara el brazo de su verdugo, se negó diciendo: *'Yo no rezaré por él en modo alguno, si antes no me da juramente de que con esa mano no matará a ningún cristiano'*. El lombardo (...) se vio obligado a jurar (...) que jamás mataría a ningún cristiano. Entonces, el hombre del Señor le ordenó lo siguiente: *'Baja la mano'*. Y él la bajó al instante. E inmediatamente añadió: *'Mete la espada en la vaina'*. Y al instante la metió.

Y así, al ver a aquel hombre de un poder taumatúrgico tan grande, todos querían rivalizar entre ellos por ofrecerle como regalo los bueyes y los animales productos de sus pillajes. Pero el hombre del Señor no quiso aceptar tales ofrecimientos, y solicitó un regalo de santa merced, diciendo: *'Si queréis concederme algo, dadme a todos los prisioneros que tenéis, para que así tenga yo algo por lo que deba rezar por vosotros'*. Y así se hizo: fueron liberados con él todos los prisioneros. Y, de este modo, por disposición de la gracia celestial, cuando un solo individuo se ofreció a la muerte por otro, consiguió librar a muchos de la muerte.⁴¹

Consideramos que valía la pena reproducir este capítulo en gran parte de su extensión pues, más allá de los hechos prodigiosos que se narran en él, de su evidente carácter moralizante, y del final “feliz” que lo acompaña, se trata de un relato muy ilustrativo respecto de la ferocidad y crueldad lombarda, ya que la situación aquí descrita se nos

⁴¹ *Diálogos*, III, 37, 10-17, pp. 193-195

presenta, especialmente, como una excepcionalidad, siendo la tónica entonces todo lo que no se logró concretar en el relato: los lombardos al dar muerte a sus prisioneros preferían hacerlo de manera lenta, buscando con ello que padecieran cruentos tormentos antes de su expiro final. Por otra parte, de no haber intervenido el venerable Sántulo, el destino de la mayoría de los prisioneros no habría sido otro que el despojo de su envoltura natural. Además, este capítulo devela cómo estos lombardos tenían como entretención, entre otras cosas seguramente –el pillaje, por ejemplo–, un espectáculo horroroso: ver morir a sus víctimas.

Al parecer ya no van quedando dudas sobre el sombrío contexto que le tocó vivir a nuestro santo, tanto a nivel real como de lo imaginario, siendo éste entonces el antecedente inmediato de su noción de la finalidad espacio-temporal.

Para finalizar este apartado, abordemos algo que se esbozó más arriba, y es que el conflicto con los lombardos también se originaba por la aversión que podía producir en un católico como Gregorio el hecho que estos bárbaros profesaran la herejía arriana. Veamos un caso de aquel conflicto que, si bien es puntual, es probable que sea el reflejo de una situación más que recurrente en esta Italia poblada, sobre todo, por católicos y arrianos –también quedaban reductos paganos, especialmente en las zonas rurales, aunque en mucha menor medida –.⁴²

Habiendo venido a la ciudad de Espoleto –afirma Gregorio– un obispo de los lombardos (arriano, por supuesto) y no teniendo allí lugar alguno donde llevar a cabo sus ceremonias, se puso a pedirle al obispo de aquella ciudad una iglesia para dedicarla al error de su herejía. Al negarse rotundamente a ello el obispo, el arriano que había venido a Espoleto declaró públicamente que habría de entrar por la fuerza al día siguiente en la iglesia de San Pablo Apóstol, que se levantaba allí cerca.⁴³

En definitiva, podemos destacar que a lo largo de los cuatro libros que conforman los *Diálogos*, aunque sea en capítulos y pasajes concretos, aparecen referencias que detallan la dureza y bestialidad de este pueblo germánico, lo que demuestra que, efectivamente, se habría tratado de una de las preocupaciones que más atormentaba el alma de Gregorio, no

⁴² Gregorio, por ejemplo, nos informa que el lugar donde San Benito erigió el monasterio de Montecassino se trataba de un antiguo templo dedicado a Apolo, en cuyos bosques aledaños “todavía en aquella época una fanática muchedumbre de infieles no dejaba de hacer sacrílegos sacrificios” (*Diálogos*, II, 8, 10, p. 108).

⁴³ *Diálogos*, III, 29, 2, p. 181

tanto, quizás, por anunciar de este modo la proximidad del inminente fin, sino porque éste podría acontecer cuando la humanidad estaba todavía bastante lejos de recibirlo de manera preparada. Sobre este último punto nos referiremos más adelante.

III- El fin de la Roma antigua; el inicio de la idea del fin

Si tomamos todos los infortunios a los que hemos aludido y se miran en conjunto, ¿cuál sería la panorámica general con la que contaba Gregorio? ¿Cuál el estado de cosas que resulta de todo esto? Un mundo en ruinas y, particularmente, el trastorno terminal de la antigua Roma. Quizás esto puede parecer algo exagerado, pero no necesariamente si tratamos de ponernos en el lugar de Gregorio –quien no era sino un romano–, y tras él de todo un conjunto de personas que compartían su sistema de creencia y de valores, pues estamos convencidos que se debe hacer el esfuerzo –que solo, por cierto, se trata de un ejercicio, ya que en términos reales es imposible– de abstraernos de nosotros mismos, y así compenetrarnos lo que más se pueda en la atmósfera espiritual de entonces.

Y, efectivamente, razones tenía Gregorio para creer y sostener una noción de ocaso. Así, su realidad inmediata lo llevó a convertir una de sus homilías en “la oración fúnebre a la desaparición de la Ciudad Eterna”,⁴⁴ según la sugerente opinión de Melquiades Andrés. Citemos a nuestro santo *in extenso*:

¿Qué hay ya, os pregunto, que pueda agradar en este mundo? Doquiera vemos llanto, doquiera oímos gemir; las ciudades destruidas, deshechos los campamentos, los campos desiertos, desolada ha quedado la tierra, no hay quien cultive los campos, apenas si ha quedado algún habitante en las ciudades; y, sin embargo, esas pequeñas reliquias del género humano a diario y sin cesar van siendo heridas. Y no tienen fin los azotes del cielo, porque ni en medio de los azotes se corrigen las acciones culpables.

Vemos que unos son llevados cautivos, otros quedan mutilados y otros muertos. ¿Qué es, pues, lo que en esta vida puede agradar, hermanos míos?

Pero si todavía amamos este mundo, no son ya gozos lo que amamos, sino llagas.

Viendo estamos cuál ha quedado Roma, la misma que en otro tiempo parecía señora del mundo: quebrantada multiplicadas veces con inmensos dolores, con la desolación de sus ciudadanos, con los ataques de sus enemigos y las frecuentes ruinas..., de tal suerte que en ella vemos cumplido lo que

⁴⁴ Andrés Martín, Melquiades, *op. cit.*, p. 17

contra la ciudad de Samaria se dice mucho antes por este mismo profeta –Ezequiel–: *Toma una olla, tómalala, te digo yo, y echa agua en ella, y mete dentro pedazos de ella; y poco después (v. 5): Haz que hierva a borbotones y se cuezan también los huesos que hay dentro de ella; y de nuevo (v. 10-11): Amontona huesos, que yo les daré fuego; se consumirán las carnes y se deshará todo cuanto contiene la olla, y los huesos se disolverán. Después de esto, pondrás sobre las brasas la olla, para que se caldee y se derrita su cobre.*

Entonces fue puesta para nosotros la olla cuando esta ciudad fue construida; entonces se echó agua en ella y se metieron dentro pedazos de carne cuando de todas partes afluían a ella los pueblos, que, como agua caliente, hervían en obras mundanas y, como pedazos de carne, se licuaban en su mismo hervor.

De la cual acertadamente se dice: *Haz que hierva a borbotones y se cuezan también los huesos que hay dentro de ella;* porque primero dominó en ella con gran fuerza el afán de la gloria del siglo; pero después esa gloria, con sus secuaces, llegó a faltar.

De manera que por los huesos se significan los poderosos del siglo y por las carnes se designan los pueblos, porque, así como los huesos sostienen las carnes, así los poderosos sostienen la debilidad de los pueblos.

Pero ved que ya han sido arrebatados de ella todos los poderosos del siglo; luego han sido cocidos los huesos; ved que ya han desaparecido los pueblos; luego sus carnes hanse consumido. Así que dígase: *Amontona huesos, que yo los daré fuego, y se consumirán las carnes, y se deshará todo cuanto contiene la olla, y los huesos se disolverán.* ¿Dónde está ya el senado? ¿Dónde ya el pueblo? Quedaron quebrantados los huesos, hanse consumido las carnes, toda clase de dignidades seculares hanse extinguido en ella; toda ella ha hervido a borbotones; y a nosotros, los pocos que quedamos todavía, nos cercan diariamente las armas y cada día nos rodean tribulaciones sin cuento.

Dígame, pues: *Pon también sobre las brasas la olla vacía;* o sea, que, como falta el senado, el pueblo perece, y, no obstante, en los pocos que restan se multiplican a diario los dolores y los gemidos; Roma, ya vacía, arde.

Mas ¿por qué decimos esto de los hombres, cuando, aumentando las ruinas, vemos que también quedan destruidos los edificios?

Por eso de la ciudad ya tan vacía se dice: *Caldéese y licúese su mismo cobre,* porque ya se está consumiendo la misma olla en que antes se consumían las carnes y los huesos, pues, una vez desaparecidos los hombres, hasta las paredes se caen.

¿Dónde están, si no, los que un día se alegraban de su gloria? ¿Dónde la pompa de ellos? ¿Dónde la soberbia? ¿Dónde el frecuente e inmoderado gozo?

(...) vedla: ya está desolada, quebrantada ya, llena ya de gemidos; ya nadie acude a ella para prosperar en este mundo, ya no queda ningún poderoso (...).

Y esto que decimos del quebranto de la ciudad de Roma, sabemos que ha sucedido a todas las demás ciudades del mundo; pues unos lugares han quedado desolados con la mortandad, otros han perecido bajo el filo de la espada, otros han sido atormentados por el hambre y a otros háselos tragado la tierra.

Despreciemos, pues, de todo corazón este siglo presente, ya casi extinguido; pongamos fin a los deseos de este mundo al menos con el acabarse del mundo; imitemos, en cuanto podamos, la conducta de los buenos (...).⁴⁵

Hemos procurado reproducir una parte considerable de este sermón no solo por las luces que nos arroja respecto a los sentimientos, preocupaciones y, en general, al subconsciente de Gregorio, sino también porque se trata de una fuente poco conocida o que, en su defecto, no se le ha prestado la atención que merece, lo cual debe ser corregido en virtud de su contenido: de su lectura uno queda con la sensación, bastante amarga y hasta melancólica, que todo un mundo, desde sus cimientos, se ha venido abajo, siendo incapaz, dada la descomposición estructural generalizada, de levantarse y sobreponerse.

Se trata entonces de una crisis para la cual ya no es posible esbozar respuestas que tiendan a volver las cosas a su curso original, regular y tradicional, lo que en absoluto resulta negativo, por cuanto plantea la opción de tantear un plan de acción cuya meta ya no se agote en *reconstruir una realidad conocida*, sino en *construir un ideal deseado*, pero todavía no concretado.

Por tanto, es una crisis que en términos estrictos –en el sentido de intentar volver a lo que existía antes de su irrupción– no se resuelve; pareciera entonces que la posibilidad de tomar otro camino que no sea sino la autodestrucción debería ser la respuesta. Pero ésta, a pesar de todo el caos y la desolación, difícilmente resulta ser una opción, ya que los seres humanos, a diferencia del resto de las especies animales, no articulan su existencia en función de la sobrevivencia, sino en la búsqueda del buen vivir y de la plenitud o autorrealización. Y además, como señaló con acierto Aristóteles (s. IV a. C.), posiblemente hasta “en el mero vivir mismo hay una cierta parte de bien (...). Es evidente que la mayoría de los hombres que soportan con firmeza muchos padecimientos se apegan a la vida, como si encontraran en ella misma algo de felicidad y de dulzura natural”.⁴⁶ Es bajo esta lógica que nos parece impensable la idea de la autodestrucción, tan diferente, por lo demás, al día del Juicio, aquel “epílogo” a la noción de “fin” desarrollada, en este caso, por Gregorio,

⁴⁵ *Homilias sobre la profecía de Exequiel*, II, 7, en *Obras de... op. cit.*, pp. 468-470

⁴⁶ Aristóteles, *Política*, III, 6. Después de aproximadamente mil seiscientos años, este postulado, a nivel teórico, ha demostrado su vigencia a través de la imperecedera obra de Frankl, Viktor, *El hombre en busca de sentido*, Ed. Herder, segunda edición, Barcelona, 2004 [publicado originalmente en 1946].

pues éste no se trataría de una consecuencia de la voluntad humana, sino de los designios divinos.

¿Cuál sería, por consiguiente, la alternativa más apropiada para enfrentar en positivo esta crisis? Si ella, como dijimos, no se *resuelve*, lo cierto es que sí se *disuelve* en el desordenado estado de cosas y, a partir de ahí, busca lo que puede ser potencialmente bueno y fructífero para el nuevo orden de la realidad. Todo esto nos lleva a sugerir que estamos en presencia, en el fondo, ante la caída definitiva de la Roma antigua, pero que, a su vez, es la condición necesaria para promover la construcción de una Roma mucho más íntegra que la anterior.⁴⁷

Desde esta perspectiva surge entonces la pregunta sobre cómo entender la idea del fin en Gregorio Magno, es decir, de qué clase de fin estamos hablando, o qué mundo es el que se termina, ¿el orbe en su totalidad o aquel construido por la civilización romana? Pues, de acuerdo con la parte final de la homilía citada hace un momento, existiría una relación directa entre el destructivo panorama que evidencia la *ciudad eterna* y la posibilidad de que el mundo se va a acabar.

Para obtener una noción más clara sobre esta idea del fin inminente resulta apropiado visualizar cómo Gregorio describió este ocaso. Al respecto, su primera homilía –predicada el segundo domingo de Adviento– es profundamente reveladora:

Nuestro Señor y Redentor, deseando encontrarnos bien dispuestos, anuncia de antemano los males que han de sobrevenir al mundo,⁴⁸ cuyo fin se avecina, con el propósito de apagar en nosotros el amor del mundo.

Pone de manifiesto cuántas calamidades han de preceder a su término, que se acerca, para que, si no queremos temer a Dios cuando la vida se desliza tranquila, temamos, al menos, su cercano juicio, amedrentados por las calamidades.

⁴⁷ Sobre este punto consideramos muy ilustrativa la opinión de William Carroll Bark: “(...) los herederos de Roma en Occidente empezaron casi desde la nada y tenían mucho que aprender. La piedra de toque de su mérito como creadores de una civilización era si *podían* aprender y hacerlo mejor que sus predecesores. Como demostraron tener esa capacidad de aprender y, finalmente, después de largos y difíciles siglos, crearon una civilización más rica que la romana, más humana, y que dio más empuje a la dignidad y responsabilidad individuales, no podemos considerar el fin de la civilización clásica en Occidente como una catástrofe absoluta” (*Orígenes del mundo medieval*, Eudeba, Buenos Aires, 1972, p. 107). Para quien desee profundizar este punto de vista, recomendamos la lectura de todo el capítulo 4 de esta obra, titulado “La metamorfosis medieval: aspectos de un mundo cambiante” (pp. 83-123).

⁴⁸ Véase Lc. 21, 25-33 –se trata de la lectura del Santo Evangelio que da origen a esta homilía–. Compárese, a su vez, con Mt. 24 y Mr. 13

En efecto, a esta lección del santo Evangelio que vosotros, hermanos, acabáis de oír, adelantó el Señor lo que poco más arriba dice (Lc. 21, 10-12): *Se levantará un pueblo contra otro pueblo y un reino contra otro reino, y habrá terremotos en varias partes y pestilencias y hambres*; y poco después de algunas cosas más agregó esto que acabáis de oír (Lc. 21, 25): *Veránse fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas; y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas.*

Estamos viendo que, de todos estos acontecimientos, unos han sucedido ya en efecto, y tememos que otros han de suceder pronto; pues levantarse un pueblo contra otro pueblo y hallarse las gentes consternadas, vemos que ocurre en nuestro tiempo más de lo que leemos en los libros; que el terremoto sepulta innumerables ciudades, sabéis con cuánta frecuencia lo oímos referir de otras partes del mundo; pestilencias las padecemos sin cesar; ahora, fenómenos prodigiosos en el sol, en la luna y en las estrellas todavía no los hemos visto claramente; pero que también éstos no distan mucho, lo colegimos de la mudanza de la atmósfera; por más que, antes de que Italia cayera bajo el dominio de los gentiles, vimos ráfagas de fuego, cual si relampagueara la misma sangre humana que ha sido derramada más tarde; no ha aparecido aún el extraño alboroto del mar y de las olas, pero, como muchas de las cosas anunciadas se han cumplido ya, no hay duda de que también sucederán las pocas que restan, porque el cumplimiento de las que pasaron da la seguridad de que se cumplirán las que están por venir.⁴⁹

Del fragmento anterior se desprende que la idea del ocaso en Gregorio no se explica ni agota en el contexto calamitoso que lo tocó vivir; más bien, lo que el caos ha puesto de manifiesto, en último término, es la materialización y confirmación de la mayoría de los signos anunciadores del fin en el Evangelio. Es decir, en el momento histórico que vive Gregorio se lograría concretar una confluencia entre lo sostenido por las Santas Escrituras y lo acontecido en su realidad inmediata. Por otra parte, es interesante notar que las situaciones que aún no se han cumplido dicen relación con fenómenos que se revelarían en la naturaleza, pero que al mismo tiempo tienen una dimensión mucho más maravillosa, lo que nos sugiere pensar que la concreción de este tipo de sucesos vendría a ser como el “aviso” o “alarma” de que el fin de los tiempos se ha, irrevocablemente, cumplido.

A modo de complementar lo anterior, Gregorio nos ofrece otro testimonio que explicita su idea del fin, e igualmente toma como punto de partida las Sagradas Escrituras, pero aquí da relieve a un agente anunciador en particular: las hordas lombardas. Éstas son

⁴⁹ *Homilías sobre los Evangelios*, I, 1, en *Obras de... op. cit.*, pp. 537-538

el puente que articula y conecta los designios de la Divina Palabra con el contexto desolador que por entonces afectaba especialmente a la península itálica.

Esta noción terminal del mundo se fundaría en una visión que Redento,⁵⁰ obispo de la ciudad de Viterbo, tuvo oportunidad de contarle al propio Gregorio, y que la habría experimentado mientras yacía junto al sepulcro del mártir san Eutiquio, quien se apareció ante él y le dijo:

*Se aproxima el fin de la carne toda. Se aproxima el fin de la carne toda. Se aproxima el fin de la carne toda.*⁵¹ Tras esta sentencia pronunciada tres veces, la visión del mártir que se había aparecido a los ojos de su espíritu se desvaneció. (...)

Poco después se siguieron, en efecto, aquellos terribles prodigios en el cielo, viéndose por la parte del Aquilón lanzas y picas de fuego. Y en seguida el feroz pueblo de los lombardos, saliendo de la vaina del país donde moraba, cayó sobre nuestra cerviz; y la raza de hombres que, por su enorme muchedumbre, se había levantado en esta tierra a la manera de una tupida y espesa mies, segada por los bárbaros, se secó. En efecto, las ciudades fueron asoladas, las fortalezas arrasadas, las iglesias quemadas, los monasterios de hombres y de mujeres destruidos. Las haciendas se despoblaron de gente, y la tierra, abandonada por la totalidad de sus labradores, se encuentra vacía y en estado de abandono. Ningún propietario vive en ella. Las fieras salvajes han tomado posesión de los lugares que antes ocupaba la muchedumbre de los hombres. Y no sé lo que ocurre en otras partes del mundo, pero en esta tierra en la que vivimos no es que el mundo anuncie ya su fin, sino que lo muestra.

Es preciso, pues, que nosotros busquemos las cosas eternas con tanto mayor empeño cuanto que sabemos que las cosas temporales huyen de nosotros velozmente. Tendríamos que despreciar este mundo aun cuando nos halagara y nos recreara el ánimo con acontecimientos felices.⁵² Ahora bien, cuando nuestro ánimo se ve oprimido por tantos flagelos, cuando se ve atormentado por tantas desgracias, cuando diariamente nos reporta, redoblándonos, tantos sufrimientos, ¿qué otra cosa nos está gritando sino que no le tengamos ningún aprecio?⁵³

Y, sin embargo, a lo largo de diversos pasajes de la obra escrita de Gregorio hemos podido constatar un tono “deprimido y pesimista”,⁵⁴ lo que nos trasluce su afecto por aquel mundo suyo que se caía a pedazos. Aun así, en otra parte de su obra manifiesta: “(...) a los

⁵⁰ Gregorio afirma en sus *Diálogos* que Redento falleció “hace unos siete años”. Como compuso esta obra entre 593-594, la muerte del obispo de Viterbo habría acontecido alrededor de 586-587.

⁵¹ Gn. 6, 13

⁵² Por frases como ésta es que San Gregorio ha pasado a la historia de la Iglesia con el título, entre otros, de “doctor de la compunción”. Véase, por ejemplo, la n. 87 y 205 al Libro III de los *Diálogos*, p. 203 y 210.

⁵³ *Diálogos*, III, 38, 2-4, p. 197

⁵⁴ Cf. Andrés Martín, Melquiades, *op. cit.*, p. 18

que aman a Dios se les manda gozarse y alegrarse del fin del mundo, (...) quien al acercarse el fin del mundo, no se alegra, atestigua ser amigo de él y, por lo mismo, queda convicto de ser enemigo de Dios”.⁵⁵ ¿Se trata esto de una inconsistencia radical de nuestro santo? A primera vista se podría tomar de este modo, ¿pero qué son las contradicciones sino algo constitutivo de nuestra especie? Gregorio como muchas personas, era alguien “enamorado de su patria”⁵⁶ y, por lo mismo, reconociendo que la verdadera vida no se encuentra en la caduca realidad terrestre sino en la eternidad celeste, sus sentimientos no podían menos que responder al contexto que le tocó asistir: constatar la destrucción de Roma.

Ahora bien, quizás esto no se trata tanto de una contradicción, sino de un punto de vista que nos aclararía que el mundo que está llegando a su final sería la Roma antigua y no el orbe en su totalidad. Desde esa perspectiva, resulta más que comprensible que Gregorio se entristezca y llore la caída de la Ciudad Eterna. Pero también es cierto que, si bien en su idea del fin el “Siervo de los siervos de Dios” se refiere con especial atención a los hechos ocurridos en Italia y, particularmente, en Roma, no precisa cuál es el “mundo” que está por acabar, lo que lleva a pensar en la generalidad del mismo, sobre todo si consideramos que, tanto en un pasaje de la séptima homilía del libro segundo sobre la profecía de Ezequiel, como en una parte de su primera homilía sobre los Evangelios, sostiene que en otros lugares del globo también están aconteciendo sucesos que pueden interpretarse como los signos anunciadores del inminente fin.⁵⁷

IV- Conclusiones: la construcción de un fecundo proyecto

De acuerdo con todo anterior, la idea del fin del mundo en Gregorio se originaría, siempre en función de lo sostenido por las Sagradas Escrituras, a partir de la observación de su realidad inmediata, es decir, las diversas tribulaciones que estaba padeciendo la Italia de la sexta centuria, lo cual no excluiría en él un análisis *totalizante*, por lo que es probable

⁵⁵ *Homilías sobre los Evangelios*, I, 1, pp. 538-539

⁵⁶ Andrés Martín, Melquiades, *op. cit.*, p. 17

⁵⁷ “Y esto que decimos del quebranto de la ciudad de Roma, sabemos que ha sucedido a todas las demás ciudades del mundo; pues unos lugares han quedado desolados con la mortandad, otros han perecido bajo el filo de la espada, otros han sido atormentados por el hambre y a otros háselos tragado la tierra (*Homilías sobre la profecía de Ezequiel*, II, 7); “(...) el terremoto sepulta innumerables ciudades, sabéis con cuánta frecuencia lo oímos referir de otras partes del mundo” (*Cuarenta homilías sobre los Evangelios*, I, 1).

que el ocaso tuviese que ser recibido por toda la humanidad, con la única diferencia que, como afirma dramáticamente el mismo Gregorio, en su tierra “no es que el mundo anuncie ya su fin, sino que lo muestra”. Esta particular perspectiva nos sugiere la posibilidad de sostener, inclusive, que todavía en el siglo VI perviviría en Occidente, aunque fuese mínimamente, o sólo a nivel del subconsciente, aquella idea –más que idea, el sentimiento– de que el “Imperio romano” duraría hasta el fin del mundo. He ahí el eslabón que une el fin de la Roma antigua, en particular, con el resto del mundo, en general.

Y cómo no iba a estar el subconsciente de Gregorio dominado por esa convicción que posibilitan los sentimientos, si él mismo era un noble romano en toda su expresión: poseía un extraordinario espíritu de la disciplina, de devoción a la ciudad, de austeridad, y de piedad, aunque ésta la encarnaba ya no en el sentido de respeto a los dioses y a las antiguas tradiciones,⁵⁸ sino únicamente al Dios cristiano y a la ortodoxia de la Iglesia.

Pero además sabemos que el *romano clásico* se trataba de “un hombre realista, que no idealiza las situaciones que le toca vivir, y por eso comprende (...) que si quiere tener paz debe estar preparado militarmente para defenderla (...). Pero siempre se prefería que los pueblos vencidos aceptasen la *buena fe* con que Roma ofrecía tratarlos; y que de hostiles se convirtiesen en amigos y aliados, hasta llegar a formar una unidad política con Roma. (...) La conquista suponía, pues, una efectiva romanización”.⁵⁹

De acuerdo con esto, Gregorio era, ciertamente, un sujeto realista. De hecho, hemos visto que desarrolló un elaborado juicio de su realidad, llegando incluso a diagnosticarla y, en cierto modo, sentenciarla. E, igualmente, comprendía que para promover un bienestar y prosperidad elementales entre los pueblos y, particularmente, al interior de su patria, era necesario asegurar la paz, pero el modo de alcanzarla y defenderla ya no era el mismo que el de la Roma tradicional: atrás ha quedado el imperio de la fuerza violenta de las armas, cediendo su hegemonía a la fuerza pacífica del diálogo en función del nuevo y más humano imperio de la *caridad*, esto es, del “amor fraterno para con todos”,⁶⁰ de aquel “amor de benevolencia que quiere el bien ajeno”.⁶¹ Y, a pesar de la enorme distancia que separa estos

⁵⁸ Herrera Cajas, Héctor, *Antigüedad y Edad Media. Manual de Historia Universal. Tomo I*, Ed. Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, Santiago de Chile, 1983, p. 72.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 76.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 89.

⁶¹ Así la resume el quipo de traductores de la edición española de la *Biblia de Jerusalén*, Ed. Desclée De Brouwer (cuarta edición), Bilbao, 2009, p. 1686.

mecanismos, por medio de ambos se lograría, en lo esencial, concretar la misma finalidad: establecer una unidad con Roma, pero ahora, más que una unidad política, como en la Roma ancestral, se trataría de una *unidad espiritual*, en cuanto los diversos pueblos o naciones conformarían, en conjunto, al *pueblo de Dios*, es decir, a la misma Iglesia, que no es sino el *cuerpo místico*⁶² cuya cabeza es Cristo, quien a su vez dispone de un sucesor directo en la Tierra: el papa u obispo de Roma.

En san Gregorio, en este caso, era en quien residía la autoridad pontificia, y él sabía que la conquista de los pueblos carecía de todo sentido si ella no perseguía, en último término, la conquista de sus almas, conquista que ya no se conseguía, como se dijo, a través de las armas o por las ventajas terrenales que significaba pertenecer a Roma, sino gracias a la difusión pacífica de la Palabra divina, junto a la toma de conciencia que ser parte de la ecúmene católica no era tanto por el beneficio de la misma Roma; se trataba de un bien o garantía espiritual que afectaba directamente al grupo humano *conquistado*: la promesa de la salvación y la gloria celestial. La *ciudad eterna*, de este modo, bajo la guía de la Iglesia continuaría con su proceso de *romanización*, pero entendiéndolo ahora, fundamentalmente, como *cristianización*.

Por todo lo anterior, creemos que existe otra razón más para señalar el carácter inclusivo entre el destino de Roma y del mundo: si, por una parte, ya dijimos que a Gregorio lo que le entristecía de este fin era que se estaba destruyendo, precisamente, su mundo conocido, por otra parte, el hecho que su acción estuviese dirigida, primero y antes que todo, a procurar la salvación de las almas,⁶³ nos induce a plantear que la mayor preocupación y pesar que provocaría en nuestro santo el ocaso del orbe entero sería que la humanidad no estuviese lo suficientemente preparada para recibirlo una vez concretado.

Por tanto, Gregorio sentía el imperioso deber de anunciar el inminente fin y, si desarrolló esta problemática tanto en sus homilías como en sus escritos, era para que la gente corrigiera sus malos hábitos y así se rectificasen como auténticos cristianos. Como ha señalado Jacques Le Goff, nuestro santo “lega a la Edad Media una espiritualidad del fin del mundo, hecha de una llamada a la gran penitencia colectiva”.⁶⁴ ¿Pero qué pasaba entonces con quienes no profesaban la verdadera fe? La ferocidad y crueldad lombarda, por

⁶² Véase la *Primera Epístola a los Corintios* de San Pablo, capítulo 12, versículos del 12 al 27.

⁶³ Cf. Bréhier, Louis y Aigrain, René, *op. cit.*, p. 29

⁶⁴ Le Goff, Jacques, *La civilización del Occidente medieval*, Ed. Paidós, Barcelona, 1999 [1982], p. 165

ejemplo, no era lo único que le molestaba y por lo que sufría Gregorio a causa de este pueblo germánico. De ahí que pusiera todo su esfuerzo y habilidad por integrarlos, lo cual consiguió en 598 cuando se firmó, gracias a su mediación, una tregua entre lombardos y bizantinos. Y si actuó como intermediario, fue porque

entendía que había sido por el bien de uno y otro pueblo, tanto de los lombardos como de los romanos, y que la paz fundaba –como se adelantó más arriba– la *sociedad de la república cristiana* al ahorrar la sangre de una y otra parte.⁶⁵ (...) Política hábil, (...) la única capaz de servir a los intereses conjuntos de Italia y de la Iglesia universal y de acercar al catolicismo a los lombardos aún arrianos.⁶⁶

Por otra parte, ¿qué pasaba con quienes no eran creyentes por la única razón de no haber tenido la oportunidad de conocer la *Buena Nueva*? Ese era el caso, por ejemplo, de los anglo-sajones, por quienes Gregorio diseñó todo un programa de misión bajo los preceptos de la persuasión y la asimilación para promover en ellos la conversión.⁶⁷ Estos principios evidencian, justamente, lo consciente que estaba de su responsabilidad como pastor de almas, cuya primera obligación era trabajar para la salvación.

Desde esta perspectiva, se desprende que en Gregorio la nación y el universo no se excluyen entre sí. La primera está necesariamente implicada en la historia universal, al ser una fracción de la humanidad, es decir, una parte del todo. Por tanto, el proyecto de una ecúmene católica, de una sociedad cristiana, haya su concreción y plenitud⁶⁸ en la cohesión de las partes por medio de un carácter identificador común, cuyo eje es el acontecimiento de Cristo, su encarnación y redención. De ahí entonces que Gregorio, como pontífice,

⁶⁵ Esto lo sostuvo Gregorio en una epístola dirigida a la reina lombarda, Teodolinda, en el año 598: “Theodelindae, Langobardorum reginae, pacis adiutrici gratulatur. Hortatur, cum rege agat, “quatenus christianae reipublicae societatem non renuat”. “Nam sicut et vos scire credimus”, inquit “multis modis est utile, si se ad eius amicitias conferre voluerit”. *Registro Epistolarium* IX, 67, según la edición abreviada de Jaffé, Philippus y Wattenbach, Wilhelm, *op. cit.*, p. 186 [1592].

⁶⁶ Bréhier, Louis y Aigrain, René, *op. cit.*, p. 32.

⁶⁷ Esta problemática la hemos desarrollado con mayor profundidad en otro trabajo. Al respecto, véase Carrera Airola, Leonardo, “La *Epistola ad Mellitum* de Gregorio Magno: conversión por asimilación”, *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 4, Santiago, 2012, pp. 43-52. Disponible en: <http://historiasdelorbisterrarum.files.wordpress.com/2013/04/04-leonardo-carrera-la-epistola-ad-mellitum-de-gregorio-magno.pdf>

⁶⁸ Esta idea es un eco del planteamiento de Edmundo O’Gorman respecto al encuentro entre América y Europa, pero nos pareció que se ajusta a lo que aquí estamos tratando. Cf. O’Gorman, Edmundo, *La invención de América. II parte. La invención histórica*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1995 [1958], pp. 79-99

tuviera el deber de compartir y difundir el mensaje cristiano, para lo cual era necesario, en primer lugar, evangelizar.

Y la conversión a la única y verdadera fe –en la mentalidad de Gregorio– se hacía más urgente de acuerdo al contexto calamitoso que le tocó vivir a él y a sus contemporáneos, dirigiendo entonces su labor de pastor bajo el imperio de la *praedicatio*, es decir, el anuncio de la *Buena Nueva* en función de la creencia de que el fin estaría cerca de venir y, por lo mismo, lo que importaba era advertirlo para así estar preparados,⁶⁹ y qué mejor que hacerlo congregando “en la Iglesia cristiana los pocos representantes que quedaban del género humano, para enfrentarse al temido Juicio de Cristo con la única protección segura, la del bautismo”.⁷⁰ Por eso nuestro Pontífice buscó los mecanismos más adecuados para la expansión de la fe católica al mayor número de almas posibles.

Esto demuestra que la idea en Gregorio de que el mundo, ya envejecido, se acercaba a su fin, lo que menos hizo fue ser un motivo para entorpecer su actividad; todo lo contrario, “esta tensión escatológica le impulsó más bien a tomar la iniciativa de una empresa, pletórica de consecuencias en la historia de la iglesia y en la historia universal, a saber, la misión de los anglosajones”.⁷¹

Para finalizar, visto en perspectiva es evidente lo errado que estaba San Gregorio Magno respecto a que el fin del mundo era inminente, pero hemos podido constatar que motivos no le faltaban para tener la convicción que este ocaso –especialmente por el correlato entre su realidad inmediata y algunos pasajes de las Sagradas Escrituras–, más temprano que tarde habría de llegar.

No obstante, se trató de una preocupación que en lo absoluto apaciguó su conducta bajo la lógica derrotista tan bien ilustrada en esa expresión “ya nada se puede hacer”,⁷² sino que fue un inquietante impulso para trabajar con mayor constancia y eficacia para salvar cuantas almas le fuera posible. “Temiendo la inminencia del fin del mundo –afirma Le

⁶⁹ Cf. Carrera Airola, Leonardo, “art. cit.”, p. 49

⁷⁰ Brown, Peter, *El primer milenio de la cristiandad occidental*, Ed. Crítica, Barcelona, 1997, p. 131

⁷¹ Jedin, Huber, et al., *Manual de historia de la Iglesia. Tomo Segundo. La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII*, Ed. Herder, Barcelona, 1980 [1979], p. 854

⁷² Inclusive, pese a los problemas contextuales y también físicos que amargaban y dificultaban el diario vivir de San Gregorio, no se agota en él la luz, como lo deja entrever en este pasaje de los Diálogos por boca de su interlocutor, el diácono Pedro: “Aunque nos hallamos en medio de grandes tribulaciones, sin embargo, (...) no hemos sido dejados enteramente de lado por nuestro Creador”. *Diálogos*, III, 30, 7, p. 183

Goff–, quiso ayudar al mayor número de cristianos a prepararse a afrontar el Juicio Final, hecho que explica sus intervenciones en lugares alejados de la cristiandad”.⁷³

Como sostuvo alguna vez el Padre Emmanuel André, pese a todas las “tristezas punzantes, la Iglesia no perderá ni la valentía ni la confianza. Será sostenida por la promesa del Salvador, consignada en las Escrituras, de que esos días serán abreviados *a causa de los elegidos*. Sabiendo que los elegidos serán salvados *a pesar de todo*, se entregará, en lo más recio de la tormenta, a la salvación de las almas con una energía infatigable.

En efecto, a pesar del espantoso escándalo de esos tiempos de perdición, no hay que pensar que los pequeños y los débiles se perderán *necesariamente*. El camino de salvación seguirá estando abierto, y la salvación será posible para todos. La Iglesia tendrá medios de preservación proporcionados a la magnitud del peligro”.⁷⁴

Por tanto, resulta interesante constatar que una idea de “fin” en Gregorio fue la estimulación más apropiada para el espacio-tiempo en que discurrió su existencia –se trataba de una verdadera coyuntura histórica–, pues hizo posible la necesaria construcción de algo nuevo. No estaba tan equivocado entonces este pontífice, con la salvedad de que no era *la* realidad, sino *una* realidad la que estaba experimentando el término de su último otoño.⁷⁵ Quizás fue su *esencia romana* –desarrollada en párrafos anteriores– la que no le permitió ver más allá de esa estación y, paradójico o no, San Gregorio, por medio de su obra se transfiguró de pastor en agricultor, transformando “una tierra estéril en un campo feraz”,⁷⁶ cultivando las semillas para el florecimiento de aquella larga primavera conocida como la *Christianitas occidentalis*.

Para ilustrar mejor esta idea, permítaseme concluir este trabajo citando las palabras de Melquiades Andrés:

⁷³ Le Goff, Jacques, *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Ed. Crítica, Barcelona, 2011, p. 19

⁷⁴ Pbro. André, Emmanuel, *El drama del fin de los tiempos*, Seminario Internacional Nuestra Señora Corredentora, Edición para uso interno de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X (no se especifica lugar de edición), 1985 [redactado originalmente entre 1884-1885], p. 23.

⁷⁵ Como ha sostenido Rubén Peretó Rivas, a pesar de que el fin del mundo no ocurrió, de acuerdo a lo que creyera San Gregorio, lo que indudablemente aconteció fue el fin de *un* mundo. Véase el estudio introductorio que el citado autor hace a las *Obras morales* de Alcuino de York, Ed. EUNSA, Navarra, 2004, p. 17.

⁷⁶ Herrera Cajas, Héctor, “Educación, cultura y civilización”, en *Dimensiones de la responsabilidad educacional*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1988, p. 35. Agradezco al profesor José Marín Riveros, quien amablemente me obsequió la publicación original de este escrito por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1987.

El pensamiento de Gregorio era un error lleno de profunda fecundidad. La cultura romana bajaba a su ocaso en Occidente. En angustias y desventuras estaba germinando una nueva edad. Nacía un nuevo orden de cosas: la sociedad cristiana de los pueblos medievales, latinos y germanos, unidos en los reinos romano-germánicos, que formarían el futuro imperio cristiano, la cristiandad sacral. Al cerrarse el período de la *civitas* romana, afloraba a la superficie una concepción de vida basada no en el *ius civitatis* romano, sino en el *donum caritatis* cristiano. (...)

¿Previó Gregorio este mundo futuro y trató de poner con seguridad los cimientos? Trabajó sin pretensiones para cristianizar los pueblos germánicos, para convertir del arrianismo a los godos y visigodos, para hacer pensar y obrar en cristiano a aquellos pueblos nacientes, para ayudar a los pueblos a entrar en la Iglesia y a los hombres a salvarse. Roma, cansada como estado por tan larga vejez, comenzó a rejuvenecerse gracias a Gregorio y a ser centro cristiano de los nuevos pueblos.⁷⁷

⁷⁷ Andrés Martín, Melquiades, *op. cit.*, pp. 16-17

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes y Documentos

Biblia de Jerusalén, Ed. Desclée De Brouwer, cuarta edición, Bilbao, 2009 [1967]

San Gregorio Magno, *Registro Epistolarium*, edición abreviada de Jaffé, Philippus y Wattenbach, Wilhelm, *Regesta Pontificum Romanorum*, Tomo I, Leipzig, 1885

San Gregorio Magno, *Obras. Regla pastoral, Homilías sobre la profecía de Ezequiel y Cuarenta homilías sobre los Evangelios*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2009 [1958]. Traducción Castellana por Gallardo, Paulino, e Introducción General, Notas e Índices de Andrés Martín, Melquiades

San Gregorio Magno, *Vida de San Benito y otras historias de santos y demonios. Diálogos*. Introducción, traducción y Notas de Juan Galán, Pedro, Ed. Trotta, Madrid, 2010

Obras generales y Artículos de Revistas

André, Emmanuel, *El drama del fin de los tiempos*, Seminario Internacional Nuestra Señora Corredentora, Edición para uso interno de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X (no se especifica lugar de edición), 1985 [redactado originalmente entre 1884-1885]

Andrés Martín, Melquiades, Introducción General a las *Obras de San Gregorio Magno*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2009 [1958]

Benaglio de Jerez, Nilda, “El monje del Occidente Medieval”, ponencia presentada en las *VII Jornadas de historia de Europa*, A. P. V. H. E., Mendoza, 21 de septiembre de 1995

Bréhier, Louis y Aigrain, René, *Historia de la Iglesia. De los orígenes a nuestros días. Tomo V. El nacimiento de Europa*, EDICEP, Valencia, 1978

Brown, Peter, *El primer milenio de la cristiandad occidental*, Ed. Crítica, Barcelona, 1997

Carrera Airola, Leonardo, “La *Epistola ad Mellitum* de Gregorio Magno: conversión por asimilación”, *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 4, Santiago, 2012, pp. 43-52

Carroll Bark, William, *Orígenes del mundo medieval*, Eudeba, Buenos Aires, 1972

Duby, Georges, *El Año Mil. Una interpretación diferente del milenarismo*, Ed. Gedisa, Barcelona, 2000 [1967]

Frankl, Viktor, *El hombre en busca de sentido*, Ed. Herder, segunda edición, Barcelona, 2004 [publicado originalmente en 1946]

Herrera Cajas, Héctor, *Antigüedad y Edad Media. Manual de Historia Universal. Tomo I*, Ed. Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, Santiago de Chile, 1983

Herrera Cajas, Héctor, “Educación, cultura y civilización”, en *Dimensiones de la responsabilidad educacional*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1988 [originalmente publicado en: *Academia*, 15, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago de Chile, 1987]

Jedin, Huber, et al., *Manual de historia de la Iglesia. Tomo Segundo. La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII*, Ed. Herder, Barcelona, 1980 [1979]

Juan Galán, Pedro, Introducción General y Notas a los *Diálogos* de San Gregorio Magno, Ed. Trotta, Madrid, 2010

Le Goff, Jacques, *La civilización del Occidente medieval*, Ed. Paidós, Barcelona, 1999 [1982]

Le Goff, Jacques, *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Ed. Crítica, Barcelona, 2011

O’Gorman, Edmundo, *La invención de América. II parte. La invención histórica*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1995 [1958]

Peretó Rivas, Rubén, *Introducción General a las Obras morales de Alcuino de York*, Ed. EUNSA, Navarra, 2004